

Siempre son los sacerdotes quienes enseñan cómo han de ofrecerse los sacrificios y los dones debidos á los dioses; cómo han de hacerse las plegarias que se les dirige. <sup>(1)</sup> Son considerados los sacerdotes como los únicos hombres capaces de ofrecer sacrificios, como hombres que tienen la vocación y la capacidad de echar un puente sobre el abismo que separa el cielo de la tierra. Llevan frecuentemente las vestiduras del dios que representan, tomando sus rasgos distintivos, <sup>(2)</sup> y en la antigüedad se los veneraba como al dios á quien servían. <sup>(3)</sup> En una sociedad bien organizada, se les considera tan necesarios como los agricultores y los artesanos, los soldados, los jueces y los propietarios; <sup>(4)</sup> en muchos países gozaban de soberana autoridad. <sup>(5)</sup>

Pero en cambio se les exige más que á los otros hombres. La antigüedad casi no creía en la pureza moral, y, sin embargo, juzgaba que la tenía el sacerdote, por lo menos en grado algo mayor que los laicos. Se esperaba de ellos que tuviesen esa pureza en menor grado cuando se los consideraba como representantes de Dios para con los hombres; pero eran más exigentes cuando los consideraban como representantes de los hombres pecadores, habiendo recibido de Dios plenos poderes para aplacar la cólera divina, que pedía venganza. Desde este punto de vista se exigía á veces de ellos una austeridad que mostrase suficientemente que no tenían una dignidad usurpada, sino que habían sido constituidos en ella por una voluntad más alta; pues se habría hecho más regalada la vida y su misión más fácil si ellos mismos hubieran sido los creadores de su institución.

Las más duras mortificaciones eran exigidas á los sacerdotes del antiguo Perú como deberes; <sup>(6)</sup> los druidas galos

(1) Platón, *Politicus*, 29, p. 290, c.

(2) Pausanias, 3, 16, 1; 8, 15, 3. *Schol. in Aristoph.*, Eq. 408. Platón, *Phædo*, 13, p. 69, c.

(3) Homero, *Ilias*, 16, 604.

(4) Aristóteles, *Polit.*, 7, 7 (8), 5.

(5) Plutarco, *Quæst. rom.*, 113.

(6) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, IV, 459.

exigían á los jóvenes que aspiraban al sacerdocio una severa preparación en la soledad de los bosques, que duraba á veces hasta veinte años; <sup>(1)</sup> pero las mujeres que en la Galia eran admitidas como sacerdotisas, debían cumplir los más penosos deberes, tanto que toda falta, por insignificante que fuese, era inmediatamente castigada con la muerte. <sup>(2)</sup> Los atharvanes de Persia estaban obligados, no sólo á las tres horas de plegarias como todo madzayaçna, sino á tener otra hora de rezo á media noche. <sup>(3)</sup> En Egipto los sacerdotes tenían una vida muy penosa, no debían comer carne ni huevos, ni servirse de sal, ni beber vino, practicaban otras mortificaciones y continuamente ayunaban. <sup>(4)</sup>

**9. La idea de la representación en el sacrificio y el sacerdocio tienen su base en la expectativa de una redención divina.**—Infírese de todo esto que el sacerdocio no era una institución humana arbitraria, como tampoco el sacrificio; la razón de ser del sacerdocio era la misma que la del sacrificio sangriento. Puede suceder que los sacerdotes sean pecadores, y en este concepto necesitan para sí la mediación y la expiación como cualquiera otra persona; <sup>(5)</sup> pero eso no impide que puedan servir á los demás de mediadores para con Dios; son elevados á aquella dignidad, no en virtud de su poder ó de su propio mérito, sino gratuitamente, y sólo por la voluntad divina. Verdad es que Dios abrió de nuevo la ruta que permite al hombre volver á él; pero lo hizo de manera tal, que debe recordar siempre al pecador que por su culpa se había cerrado aquella ruta, y que sólo por la gracia y la mediación le es posible volver nuevamente á ella. La estrecha relación que entre el sacrificio y el sacerdocio existe es por lo tanto fácil de explicar; los dos tienen una razón fundamental; el

(1) Pompon. Mela, 3, 2.

(2) Strabón, 4, 46.

(3) Spiegel, *Eran. Altherthumskunde*, III, 691.

(4) Plutarco, *Isis et Osiris*, 5. Diodoro, 1, 80, 3. Chaeremon, *Fragm.*, 4 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 497 y sig.). Porfir., *De abstin.*, 4, 6, 7. Jerónimo, *Jovin.*, 2, 9, 13. Clemente Alex., *Strom.*, 7, 6, 33.

(5) Hebr., 7, 27.

hombre, separado de Dios por el pecado y entregado á la muerte, debe hacer penitencia, y satisfacer para volver á Dios; pero no puede hacerlo sin una representación y un auxilio ajenos.

Pero esta razón no puede ser considerada como legítima si no tiene además otro fundamento; en sí misma, la idea de representación es contraria á la que generalmente se tiene de la justicia, pues «quien obró mal, debe expiar su falta». <sup>(1)</sup> No es un extraño quien debe hacer por él penitencia, <sup>(2)</sup> sino que él mismo debe cumplir ese deber. Tal es, con seguridad puede decirse, la convicción de toda la humanidad; y, sin embargo, ésta ha derivado la más santa de las acciones, aquella de que esperaba la salvación en su ruina, del principio de que es posible libertarse de la falta y del castigo, siendo sustituido el pecador con una víctima pura y sin tacha. Ni hay para qué decir que la representación sería, no sólo absurda, sino imposible de concebir, si no tuviese otra causa más elevada. El hombre podía tal vez esperar gracia ofreciendo, por sí, una compensación á la divinidad ofendida, pero solamente podía hacerlo con la condición de que, en ese caso, no le trataría con el rigor de justicia. Gracia ó justicia, tal era el dilema inevitable que se ofrecía al espíritu humano; pero gracia y justicia son contrarias la una á la otra, y los hombres no pueden conciliarlas; el saber hacerlo tuvieron que dejarlo á la omnipotencia y á la sabiduría divinas. Y ¿cómo podían pensar en pedirlo á Dios, que deseaban aplacar, en el mismo acto que realizaban con este fin? Atreverse á hacerlo por impulso propio habría sido tan insensato como criminal. Evidentemente los hombres habían conservado, si no la convicción clara, por lo menos un vago recuerdo de que en la representación había fundamentado Dios mismo la salvación de la humanidad.

El hombre pecó; Dios, sin embargo, no le rechazó definitivamente, sino que le dejó la posibilidad de una recon-

(1) Esquilo, *Fragm.*, 321 (Ahrens, Dindorf, 267).

(3) Ezequiel, XVIII, Exodo, XXXII, 33.

ciliación. Para obtenerla debía satisfacer por completo; pero por sí mismo era incapaz de hacerlo. Había perdido el derecho á la vida por el castigo que mereció; ¿cómo habría podido nuevamente dar esa vida en sacrificio? Pero como la muerte sólo por la muerte puede ser suprimida, <sup>(1)</sup> la vida perdida sólo puede ser recobrada por la vida. Si, pues, una vida humana exenta de toda falta <sup>(2)</sup> no es ofrecida por el hombre, <sup>(3)</sup> una vida que, por consiguiente, no mereció la muerte, una vida capaz de equilibrar el valor de la falta, no hay remedio para él.

Pero prometerle la reconciliación á condición de que él mismo dé satisfacción completa, es decir, reconciliarse con Dios mediante el libre sacrificio de una vida exenta de toda falta, sería burlarse de su debilidad y de su impotencia, impeliéndole á la desesperación y al suicidio. Si Dios prometió aquella seguridad con la condición indicada, debió también ofrecer al hombre un nuevo medio para conciliar cosas que, por su naturaleza, son completamente inconciliables; debió Dios, como dice el Libro de la Muerte egipcio, <sup>(4)</sup> convertirse en su propio sacerdote, y en su propia víctima. Dios mismo debió representar al hombre, y hacer en vez de él lo que había fijado como condición indispensable para la reconciliación; Dios mismo debía rescatar la vida del hombre por una vida humana; Dios mismo debía poner en los platillos de la balanza, por la muerte que el hombre merecía como castigo, una muerte expiatoria, humana, inocente.

Por consiguiente, sin un Redentor inocente que, enviado por Dios, hizo el libre sacrificio de su vida en nombre de Dios y en vez de Dios, los sacrificios sangrientos, con su doctrina fundamental de la representación, no sólo serían absurdos, sino que habría sido imposible que los hombres hubiesen tenido jamás esa manera de ver y apreciar la cuestión.

(1) Ovidio, *Metam.*, 8, 483.

(2) Sófocles, *Ed. Col.*, 499.

(3) Cesar, *Bell. Gall.*, 6, 16.

(4) V. más arriba, *Conf.*, VI, 6.

10. **La caída universal y la esperanza de la redención.**—Así, pues, toda la historia de los antiguos sacrificios es una prueba de que los paganos mismos no habían olvidado completamente estas graves é importantes verdades; que el hombre y la humanidad viven en el pecado y que no obstante eso tienen la consoladora esperanza de que no son rechazados por Dios, sino destinados á recobrar la vida perdida, en virtud de una satisfacción representativa, que nadie debe dar por ellos, sino Dios mismo humanado.

En ese Hombre de dolores que tomó por su cuenta nuestras enfermedades, que fué destrozado por nuestros pecados, castigado para nuestra paz, y cuyas llagas debían ser nuestra curación, <sup>(1)</sup> se fijaron los ojos de toda la humanidad, aunque lo haya hecho la mayor parte del tiempo sin saberlo. En las más antiguas edades es llamado ya la esperanza de los pueblos; <sup>(2)</sup> pero también en los tiempos sucesivos fué considerado en todas las prosperidades y en todos los dolores como el Deseado de las naciones. <sup>(3)</sup>

Por el sacrificio de animales se probó generalmente que esa fe jamás había desaparecido del todo; aquellas ofrendas sangrientas les permitían no olvidar nunca que eran pecadores y dignos de muerte; les recordaban siempre que únicamente la sangre, y sangre inocente, sería su salvación; les exhortaban á considerar que la reconciliación con Dios, la paz y la vida no serían patrimonio suyo, si no expiaba por ello, concediéndoles los beneficios de su propio sacrificio, otro que fuese igual á ellos en todo, excepto en el pecado.

De ese modo, por la misericordia de Dios, aquella solidaridad de los hombres, en virtud de la que el pecado de su primer padre se había convertido en pecado de toda la humanidad, se convirtió en medio de salvación para el género humano, todo él pecador. <sup>(4)</sup>

(1) Isaias, LIII, 3-5.

(2) Génesis, XLIX, 10.

(3) Agg., II, N.

(4) Eusebio, *Demonstratio evangelica*, 110.

## SEGUNDA PARTE

### MANERA DE PENSAR Y DE OBRAR DEL HUMANISMO

#### CONFERENCIA SÉPTIMA

##### LA NEGACIÓN DEL PECADO

#### 1. La antigua cuestión: ¿de dónde proviene el mal?

—El primer grito lanzado por el niño cuando nace á la luz y á la vida es un grito de dolor, y durante largo tiempo será el llanto su único lenguaje. Pronto hace llorar á otras personas y goza con el sufrimiento de los demás. Oh ¡qué miseria hay en el mundo, en las chozas de los pobres, en las salas de los hospitales, en los palacios de mármol! Si los palacios pudiesen hablarnos, contarían que están habitados por gentes que en muchos casos no tienen ni el consuelo de las lágrimas, ni se atreven á buscar alguien que pueda aliviarles de su dolor mudo, silencioso.

¿De dónde procede esa miseria que nos roba la paz, nos convierte en amarga la vida y nos hace temer la muerte? ¿De dónde procede esa miseria que nos inclina á la misantropía y hace de nosotros mismos nuestro verdugo? ¿De dónde procede el mal?

Desde que la humanidad piensa, buscó, hasta consumirse, la respuesta á esa pregunta. Puede suceder que considere superfluo investigar el origen del mal, <sup>(1)</sup> pero como quiera que sea, jamás pudo desembarazarse de la cuestión concerniente á la razón del mismo. Siempre le pareció una de las más importantes para el género humano aquella in-

(1) Arnob., 2, 55.